

Vida y Verdad

Publicación periódica
á cargo de la Sociedad
del mismo nombre.

Editor: ROBERTO BRENES MESÉN.—Casilla número 380

» S U M A R I O «

LOS ABOGADOS.....	<i>El Magis'rado Me.lin</i>
LOS ELEGIDOS.....	<i>Cimbrío Nasuán</i>
LA LIBERACIÓN DE LA MUJER.....	<i>José Fabio Garnier</i>
MARCELO.....	<i>Rutenio</i>
CIVILIZACIÓN Y ASESINATO.....	<i>Alberto Masferrer</i>
LA FUERZA CONTRA LAS IDEAS.....	<i>Edgar Quinet</i>
ALBUM DE MINERVA.....	<i>The Clarion</i>
LA SAL ES UN VENENO.....
PARÁBOLAS.....	<i>Raimundo Lulio</i>
EL CONCHITO ENFERMO.....	<i>Marcos Froment</i>
ADVENIMIENTO.....	<i>José María Zeledón</i>
GERMINAL.....	<i>Discurso de Berthelot</i>
EPÍLOGOS.....	<i>Varios</i>

VALOR: 15 CTMOS.

Venta: Agencia de Suscripciones de Iglesias Hermanos

San José de Costa Rica

GRAN IMPRENTA DE VAPOR, CALLE 20, NORTE

1904

Próximamente :

LOS ABOGADOS.—ESTERILIDAD ARTÍSTICA.—VIVISECCIÓN.—
VACUNA.—LIBERACIÓN DE LA MUJER.—PIEDRAS ENTRE LAS RUE-
DAS.—DE PI Y MARGALL.—GERMINAL.—EPÍLOGOS.

48 PÁGINAS DE LECTURA

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

LOS ABOGADOS.....	<i>Pablo</i>
LOS MÉDICOS.....	<i>Erasmus de Rotterdam</i>
LA LIBERACIÓN DE LA MUJER	<i>José Fabio Garnier</i>
COMENTARIOS.....	<i>Rutenio</i>
ENSEÑANZA ANTIALCOHÓLICA EN ESTA- DOS UNIDOS.....	<i>Carlos Fernández P.</i>
NOTAS BIOLÓGICAS.....	
LA EDUCACIÓN RELIGIOSA.....	<i>León Tolstoi</i>
EL PENSADOR.....	<i>José María Zeledón</i>
ANTE UNA ESTÁTUA.....	
EL PERRITO DE FALDA.....	<i>Marcos Froment</i>
SOL DE SANGRE.....	<i>Manuel Ugarte</i>
EL PERRO ENCADENADO.....	<i>Cimberio Nasuán</i>
EPÍLOGOS.....	<i>Varios</i>

Vida y Verdad

San José, C. R., 1º julio 1904

Los abogados

Quien haya estado alguna vez á la cabecera de un enfermo moribundo, habrá observado cómo cerca del lecho revolotean tres cuervos: el fraile, el médico y el abogado.

Quien haya recorrido la historia política de las naciones americanas habrá encontrado tres buitres en torno del poder: el fraile, el militar y el abogado. Detengámonos un momento en esto. Nace el niño, y al punto el fraile se apodera de él, lo hace cristiano sin contar con la voluntad del niño. Con qué derecho? Lo veremos más tarde.

Hay bienes? Pues bien, no es posible disponer de ellos sin contar con el abogado. Por qué razón? Lo diremos después en el dogma legal. Por ahora se trata de juzgar la labor de una gran parte de nuestros abogados. Hablamos en general y no señalamos excepciones porque serían entonces nuestras observaciones cargos directos contra quienes no estuviesen salvados en aquellas.

Se hacen los abogados por hornadas. Quiénes los hacen? Con quienes se hacen?

Vamos por partes. No habiendo otras escuelas de profesiones liberales, los jóvenes salidos de la segunda enseñanza pasan á la Escuela de Derecho.

Encuentran allí profesores universitarios? Sí, por excepción. Suelen ser los profesores-hombres muy ocupados y no es lo regular que preparen día á día sus leccio-

res. De suerte que no es lo ordinario escuchar verdaderas conferencias universitarias, sino digresiones, *florituras*, variaciones sobre un mismo tema. Cuál tema? A veces el asunto del día, ó el título de la lección y "estudian ustedes".

Al menos—se nos dirá—se inspira allí un sentimiento de veneración ó de respeto por el ministerio del abogado. No tal. No es raro oír decir á un profesor que para vivir en el mundo es necesario ser un hipócrita; no es raro oír sobre un mismo asunto á un mismo profesor dos, tres, cuatro, seis y más opiniones diferentes, contradictorias; en ocasiones se defiende con ardor el pro de una cuestión, otro día se defiende con el mismo ardor el contra de la misma cuestión. Pero señores—se nos dirá—esa es una enseñanza práctica, se enseña con el ejemplo. Sí, con el mal ejemplo. Consecuencias: de esas aulas saldrán jóvenes que respetarán su profesión porque estimen su persona, por conveniencia social, por educación de hogar, pero no por educación profesional. Al revés, los estudios profesionales habrán servido para otra cosa que no es respetar la profesión, se habrán conjurado contra su moralidad.

Pero al menos serán profundos esos estudios! Engaño también. No pasan de los libros de texto. El joven que siente impulsos de avanzar, avanzará por su propio esfuerzo, ningún profesor le estimulará á leer obras originales. Eso también sería dificultarse su trabajo; el profesor tendría que refrescar ideas para satisfacer las dudas. Todos los profesores proceden lo mismo? Claro que no; algunos saben de verdad lo que enseñan, hacen digresiones, á veces largas, pero eso es de todo profesor universitario, eso es pasable.

Está la culpa de todas las faltas de la Escuela de De-

reche en los profesores? Quién afirma eso? Nadie podría hacerlo sabiendo que los alumnos son—por regla general—unos holgazanes que se ausentan de las aulas todos los sábados, todos los días de entierro, cuando este se verifica en horas de clase, todos los días de fiesta religiosa ó civil, y todos los días que ellos llaman *encajonados*. Si un jueves es día de fiesta, como el sábado no hay clases, el viernes queda encajonado y por lo tanto no van á clases. Esto sin contar que cuando un profesor se atrasa unos minutos, los estudiantes resuelven que no hay más espera y se marchan á paseo. Verdad que es esto hermoso?—Pero en cambio estudian?—Tampoco, salvo los códigos y los textos, haciendo excepción de jóvenes que sí tienen aspiraciones y estudian por amor al estudio, no sólo por tener un título. Al final del año se presentan á examen y todos, vagabundos ó no, pasan con felicidad sus pruebas, y de año en año se van acercando al fin de los estudios, y llegan al examen final, y un tribunal timorato, carcomido de preocupaciones, no siente rubor de conceder la investidura profesional al jovencito ignorante que al día siguiente la manchará.

La Escuela de Derecho corrompe á la juventud no haciéndole comprender que son los esfuerzos asiduos y duraderos del hombre los que le hacen digno de representar en la sociedad el papel que las sociedades tradicionales encomiendan al abogado. La Escuela de Derecho constituye un verdadero peligro para el país, si no se introducen en ella las modificaciones necesarias para destruir esa fabricación de abogaditos de pipiripao, ignorantes y sin escrúpulos. De continuar en las mismas condiciones la Escuela de Derecho se convertirá en una llaga abierta en mitad del alma de la nación. Ella hace abogados y estos —siempre por regla general—llevan el sello de su origen

profesional. Esa es la Escuela y esos los estudiantes. Como son los abogados?

Esperad, que pronto lo diremos.

EL MAGISTRADO MERLIN.

Los elegidos

Siempre que uno se topa con alguno de esa turba de ociosos sin ideas que en Hispano-América cultivan lo que ellos satisfactoriamente llaman el *Arte Literario*, se le oirá amenudo estas palabras: "Ah, yo voy detrás del Ideal, trabajo por el Ideal!"

Pero es lo cierto que la vida de estos inocentes es tan sin sentido, y sin rumbos, que el Ideal que invocan no es más que una palabra sonora, que repiten sin conciencia. A donde está ese Ideal? Para qué trabajan? Qué obra útil para los hombres se proponen, cuando manchan cuartillas de cuartillas?

Ellos responderán, seguramente, con esta fórmula estéril y egoísta que no han entendido tampoco: "Yo hago arte por arte, sin proponerme nada; canto por cantar, por que me gusta, me entretiene."

Cómo gana el pan cotidiano la mayoría de esa turba? Atrincherándose en Diarios y Revistas para murmurar, beber, fumar y escribir cuentecitos sin sentido que no encierran una idea, un sentimiento redentores, que no despiertan una aspiración noble. Esto, cuando no se ocupan en amasar reputaciones con sueltos de crónica, en narcotizarse unos á otros con frases vagas, con juegos de palabras.

Es justo que el pueblo mantenga con los productos de su trabajo manual á ese montón de parásitos irritables?

Mil veces no. Dichosamente el público los mira con desprecio, no compra sus libros, no lee sus artículos de la prensa diaria.

Por qué? Por que estos charlatanes no lo hacen pensar, ni sentir, no le marcan un rumbo, jamás despiertan en él aspiraciones mejores sino que lo envenenan deificando el arte de matar, ventilando toda clase de pasiones bajas y de crónicas escandalosas.

A esta indiferencia del público, la turba intelectual ociosa de Hispano América responde: "Pueblos bárbaros y salvajes que no comprenden el Arte. Aquí la vida es imposible para el artista. Ah! nuestra Ciudad Azul é Ideal... Que lejos quedas!" Y continúa con una serie de sentimentalismos afectados y ridículos.

Es justo este clamoreo? Tampoco. Han hecho algo grande, capaz de comprometer la gratitud de un pueblo? No. La turba vive de ilusiones enfermizas y cada cual se cree el poeta nacional, el novelista americano, el narrador más distinguido, el cuentista más perfumado y cercano al ideal francés. Repito, el buen sentido popular no justifica estas reputaciones imaginarias. Basta que el poeta ó el cuentista pasen un año fuera del país ó no escriban nada por un tiempo largo, para que nadie los recuerde ó se les olvide poco á poco. Es la prueba mejor de que no han llevado con sus escritos ni un sentimiento duradero, ni una idea apreciable al corazón y al entendimiento del público que no los ama, porque no los lee. Otra prueba de lo falsas que son estas reputaciones hechas en las oficinas de los diarios es la siguiente: basta una crítica fuerte, para ver como cae para siempre cualquiera de estos literatillos á quienes la adulación, la mentira y la indiferencia del pueblo habían hecho forjarse una reputación fantástica.

Caen estos ídolos imaginarios, y el pueblo, sin preocuparse lo más mínimo, tal vez nunca sabrá que una crítica mató para siempre el prestigio de *su gran poeta*, de su gran novelista. Si este poeta, si ese novelista vivieran en el corazón de su pueblo, jamás crítica alguna hubiera bastado para arrancarlos de allí.

Esta es la razón por la cual los literatillos hispano-americanos lo que más temen es á la crítica, la discusión del prestigio que ellos se han forjado. Por eso recurren á la adulación, al elogio mutuo. Entre ellos se llaman artistas geniales, se cartean diariamente del modo más extraño; al que no ha escrito jamás en verso, un buen día lo llaman por carta el versificador más galano del Continente. El elogio por escrito es tan barato y tan en boga entre los literatuelos hispano-americanos, que basta cartearse con los *Dioses Mayores* de entre ellos para hacer una reputación.

Sí, estas reputaciones se apagan un año después que el escritor ha muerto y ha dejado de manchar papel.

Los ociosos intelectuales de Hispano América así lo comprenden. Por eso han formado una *Liga de elegidos*, que mutuamente se despedazan en privado, y se ponen por las nubes en presencia del público.

Esta liga de elegidos tiene el concepto más extraño del arte y del público, concepto arreglado de modo que se justifique la actitud de su vida en la sociedad que los alimenta y distrae. Esta liga se aísla, mira con el más profundo desprecio al campesino, al obrero. Divaga constantemente, los asuntos de sus trabajos vá á buscarlos á cien leguas de distancia, vive en un país de luz y se muere por las brumas de Holanda ó de Noruega; pasan á su lado seres llenos de vida que aman y comprenden, que desean mejorar su corazón é inteligencia, que buscan ideas

y buenos sentimientos; pues bien, no hace caso de ellos porque ahora suspira por las hadas del Rhin ó las grisetitas del bulevar ó las chulas de Sevilla. Hormiguea á sus pies un pueblo lleno de preocupaciones, de ignorancia, sin ideales dignos, un pueblo que necesita muchas ideas y no menos sentimientos. Baja la turba ociosa á oírlo, á estudiarlo, á conocer sus necesidades, á comprender como siente y piensa? Nunca. Eso sería vulgar, las sandalias se mancharían con el polvo del camino. Naturalmente que en ese pueblo que hormiguea hay centenares de asuntos poéticos, dignos de explotarse y capaces de ocupar muy noblemente, no la vida de un artista sino la de muchos. Pero los Elegidos hispano-americanos no lo comprenden así. Se divorcian con el público, se congregan en el quinto piso de una casa, se leen allí sus trabajos y allí también se consagran artistas. Hacen del arte un atributo divino y establecen relaciones sagradas entre la belleza y el hombre, como las que sostienen los cultos entre Dios y el hombre. Para ellos la Estética es una rama de la Teología, el Arte un sacerdocio que tiene cuartel propio y heráldica en la puerta. Cada artista, según ellos, es un iniciado ó un sacerdote de Lo Bello; eligen entre los más viejos ó más audaces un *Pontífice Máximo* que de una plumada, de una sonrisa consagra artista á Fulano ó á Zutano. Como dice alguien, tales artistas mantienen una idea muy falsa de su divinidad. De tal modo es cierto esto, que no hay en Hispano-América nulidad ó fracasado intelectual que no adquiera las cómicas apariencias de un rey desterrado, que no se aisle del público y no se haga llamar elegido, que no busque á los Pontífices para que estos lo consagren. Solamente los Pontífices se hallan investidos de tal privilegio; las reputaciones que ellos sancionen serán las únicas apreciables. Cómo llegarán estas nu-

lidades á pedir asiento entre los Elegidos? Será con una labor tenaz y penosa, labor de hombre que tiene conciencia honrada de lo que debe hacer en el mundo cuando pretende sentir mucho, pensar mucho y hacer mucho más? Nunca. Su labor se reducirá á fabricar un librito de hojascas literarias endulzadas con una mano y con la otra á quemar respetuosamente mucho incienso delante del *Sumo Pontífice* que lo hará artista en nombre de una Estética convencional, de una rama teológica. También las castas sacerdotales del Oriente, al chocar con la realidad, despreciaban al público y exigían el derecho de que solo sus colegas los juzgaran. Hoy como hemos visto, se levanta en Hispano-América otra casta de pseudo artistas que, como los de Oriente, desprecia al público y á todo arte que no salga de sus manos.

Hay que demoler esta caravana de ociosos é intrigantes porque así lo piden la Verdad y la Justicia.

CIMBERIO NASUAN.

La liberación de la mujer

7.—Habiendo caído en desgracia después de disfrutar de las comodidades que permiten una fortuna regular, una señorita quiso aliviar las penas de sus padres, se dedicó a la costura y pudo establecerse con una pequeña tienda de ropa que ella misma preparaba.

La mentira maliciosa de quienes la veían trabajando encontraba inverosímil que aquella señorita pudiera levantar a su familia y sostenerla en una pobreza decorosa.

Su labor honrada fue objeto de comentarios y la calumnia se entretuvo en murmurar al oído del padre de la

joven palabras terribles: conversaciones maliciosas, comercio clandestino, amores ilícitos, deshonra!.....

8.—Lo anterior es una prueba de que se extraña que una mujer trabaje como los hombres: a ella se le confían los quehaceres del hogar y los de la escuela; pero nunca se le permitirá que trate de levantarse viviendo independiente de la esclavitud masculina.

9.—Podría asegurar que muchas señoritas trabajan mas que los jóvenes. Es preciso olvidarse de todas aquellas que no piensan mas que en el espejo y en la ventana. Desde temprano atienden a la limpieza general de las habitaciones, entretienen o pasean a sus hermanitos, ayudan a la madre a preparar los alimentos, repasan la ropa que van a usar los miembros de la familia, y la noche la dedican a hacer vestidos nuevos, sencillos y económicos mientras los jovencitos de su edad conversan sobre asuntos de ningún interés en las esquinas o pasan las horas mirando como resbalan en la capa verde, las bolas de marfil impulsadas por un hábil jugador. Otras señoritas, después de las obligaciones que imponen los quehaceres domésticos, o en la tarde, están comprometidas a dar clases ya de francés, ya de inglés, ya de canto, ya de piano, hasta la hora en que su organismo las exige reparar, con el sueño, las fuerzas gastadas durante el día.

11.—Y las que preparan sus tareas de colegio, a pesar de que oyen llamar a su ciencia *pedantería* y a su criterio, *pretensión*, estudian mas que los jóvenes: ellas han vivido sin ideas y cuando las vislumbran en sus observaciones, trabajan por alcanzarlas. Su paciencia es mayor que la del hombre, es la mas noble de las cualidades que posee la voluntad femenina.

Ella observa con mas cuidado, analiza sus observaciones, compara hechos y deduce muchas cosas que le

ayudan en sus estudios. Con facilidad evoca sus recuerdos, su excelente memoria a veces causa asombro; luego, si es mas paciente, mas observadora y de mejor memoria que el hombre, podemos deducir que, en las luchas de la inteligencia, puede sostenerse a la altura de su compañero.

Por hoy, no la vemos levantar la frente orgullosa como la levanta el hombre, pero es debido a la educación deficiente que recibe, resultado del egoísmo de muchos individuos que no quieren encontrar en sus hermanas, esposas e hijas, mujeres superiores cuya inspección inteligente les impediría entregarse a todas las aventuras a que están acostumbrados.

12.—El primer talento de las señoritas es saber hablar con todos, ellas deben tener influencia directa sobre las ideas y las opiniones de la sociedad: para eso necesitan el estudio que también las libertará de ese prejuicio establecido por la ociosidad elegante que dice que la mujer es un ser agradable, pasivo, hecho únicamente para la distracción y el placer del hombre.

Los escritores estériles que tanto abundan en nuestras regiones defienden el prestigio que han adquirido entre las señoritas que los aprecian porque no saben pensar, diciendo que si las mujeres se educan "adios sus encantos, adios sus gracias trastornadoras", como si las esposas y las madres con sus encantos y sus gracias y sin la inteligencia podrían velar por la comodidad de su marido y de sus hijos, educarlos y guiarlos en los estudios y en las empresas industriales, comerciales y artísticas.

13.—Si las solteras fueran instruídas podrían dedicar sus energías al magisterio, a las artes y a las ciencias sociales sin ser llamadas bachilleras y no las veríamos buscando, para su dignidad ultrajada por la indiferencia

de los jóvenes, un refugio en los conventos y en las sacristías. Por que razón la mujer que no llega al matrimonio, se ha de considerar como un ser enteramente inútil para la sociedad? La creencia de que las señoritas no han de tener mas anhelo que el matrimonio, las perjudica demasiado puesto que hace nacer en ellas la coquetería, el lujo y la superficialidad que agradan tanto a muchos jovencitos cuyo único mérito es el de saber vivir de rodillas elogiándolo todo y pretendiéndolo todo.

A quienes interesa mas el estudio es a las madres de familia puesto que son responsables de la generación que se levanta bajo su dirección. A ellas he de referirme en la parte siguiente de este trabajo.

JOSÉ FABIO GARNIER.



UN SÍMBOLO

Marcelo

Lo conoció la generación de Costa Rica que hoy peina canas y gasta antiparras. Era alto y fornido, sumamente blanco, con una frente espaciosa que muchas de nuestras notabilidades envidiarían; ojos negros y grandes, siempre muy abiertos, que miraban con mirada distraída, indefinible, á manera de sempiternos soñadores; barba negra también, y siempre muy crecida. Diríase una imagen de Jesús de esas que con estulta reverencia venera el paganismo en nuestros días. Una portada de hombre como tantas que veo discurrir por ahí, tras las cuales sólo se encuentra el vacío, cuando no un entendimiento menguado y deforme.

Dejando á Marcelo con su traje habitual y poniéndole un laud bajo el brazo, tendríamos un "trovador melífluo y peregrino", de esos que van por el mundo cantando

como la cigarra de la fábula, en tanto que los profanos, los hijos de la prosa, se agitan y se retuercen en la desgracia y el dolor. Colmándolo de las ridículas extravagancias de la etiqueta, ¡qué flamante padre de la patria se obtuviera, ó qué ministro de estado, ó qué hábil y distinguido diplomático, qué estupendo magistrado! Y Marcelo era un pobre hombre que á pesar de su robustez, vivía implorando la caridad del público; lo que llaman un *santo varón* muchas de las gentes que aun creen, sin percatarse de que con ese decir hacen burla sangrienta de sus ídolos. Un hombre con cara á propósito para hacer de él cualquier cosa, grande ó pequeña, como tantos otros que en ese variado Carnaval de la vida, se trasfiguran constantemente sin cambiar la máscara, con sólo un ligero trueque de vestido.

Llegó una vez Marcelo en demanda de limosna á casa de un médico eminente, un verdadero apóstol de la ciencia, hombre que en vez de explotar á los menesterosos para atesorar caudales, empleaba las luces de su talento y los nobles impulsos de su corazón, en el alivio de la humana desgracia. El médico, sorprendido al ver á un hombre de apariencia sana implorando socorro, le habló así: por ventura no encuentra Ud. donde trabajar?

—Ay, señor, contestó el raro mendigo, poniendo en blanco los ojos y tomando una actitud de literato decadente, Uds. los ricos, los dichosos, no conocen nuestras miserias ni los ocultos padecimientos que los pobres soportamos; y con el ademán ceremonioso y un tanto satisfecho de quien se dispone á exhibir lo que constituye un timbre de honor ó de orgullo, mostró al médico una llaga inmunda que llevaba en una de las piernas, á modo de esas condecoraciones que brotan á millares de los organismos sociales en putrefacción y que la triste soberbia

humana compra para ornar el pecho de los hombres eminentes.

Al ver el médico la llaga, sintió todos los bríos de su amor á la ciencia y de su entusiasmo por el bien; se acercó, metió en ella sus dedos y después de examinarla un rato, prometió al mendigo curarlo en breve plazo; y cual no sería su sorpresa al notar que Marcelo en vez de alegrarse se tornaba sombrío, como asustado, como si acabara de oír una revelación dolorosísima. Luego reponiéndose un tanto, logró exclamar: ¡si no tengo dinero!

Y como el médico prometiera curarle gratuitamente, Marcelo se irguió lleno de ira, como si acabara de sentir sobre el rostro el latigazo de una injuria, y encarándose al sabio lo miró ferozmente y, como una saliva, le lanzó esta confesión brutalmente amarga, hiriente como un dardo: ¿y si me cura, con que quiere U. que me mantenga? Dijo, y se alejó apresuradamente mascullando palabras ininteligibles, como de oración ó de blasfemia.

*
**

Marcelo, ¡oh Marcelo! Te siento pasar á mi lado con la bondadosa faz encantadora, lívida por la indignación más tremenda, cada vez que la crítica honrada y valiente pone el dedo en tu llaga nauseabunda; te digo adiós con lástima desde la risueña colina de mi juventud y te sigo con la mirada al través de esa llanura á cuyo término está el negro abismo de la ruina, que cruzas murmurando las últimas imprecaciones contra la villanía de los audaces. Luego que has desaparecido, vuelvo mi cara al sol y tomo un baño de luz y de alegría.

RUTENIO.

Civiliza- ción y asesinato

Los soldados rusos encargados de vigilar el ferrocarril transiberiano, dice el cable, capturaron a ciertos oficiales japoneses que intentaban destruir un puen'e sobre el Sungarí. Inmediatamente de capturados, les ahorcaron. Pero esto no bastaba: era preciso *escarmentar* a los habitantes de una aldea vecina, y al efecto, pasaron a cuchillo a los hombres, a las mujeres y a los niños.

Apuesto doble contra sencillo a que, previamente, atropellaron a las mujeres, y se robaron cuanto hubieron a mano.

Porque eso es lo que se hace en toda guerra, y porque no puede ser de otra manera. Desde el momento en que un hombre consiente en ir a matar a otros hombres a quienes no conoce, y sin saber siquiera por que los mata, ya no puede esperarse de él mas que brutalidades; ya no es un ser humano sino una bestia.

Los historiadores de manga ancha se callan estas cosas. Por ejemplo, Mr. Thiers, cuyos libros serviles y novelescos hacen llorar de admiracion a muchos, se guarda muy bien de decir que Massena, el invicto y heroico Massena, era un tremendo ladron, cuyo primer cuidado despues del triunfo, era apoderarse de cuanto podía para su uso particular.

Tampoco dice que Napoleon era un epiléptico, envidioso, que hacía desgraciados a cuantos se acercaban a él. Así tambien pasan por alto las monstruosidades de la guerra, para hablarnos sólo de glorias. Hasta han llegado a hacernos creer que hay una guerra civilizada, como si el asesinato y la civilización no fueran hechos absolutamente opuestos.

Los infelices soldados rusos y japoneses que están mu-

riendo en Puerto Arturo, se llevan el consuelo de que perecen en una guerra civilizada. ¡Pobres imbéciles... lo civilizado sería no matarse!

Hai jentes que sostienen que estas guerras se producen en virtud de leyes históricas y que son necesarias para la civilización. Opinar así no es sino verificar una vez más aquel fenómeno psicológico tan conocido y que consiste en una tendencia a basar nuestra perversidad y nuestros errores en la ciencia o en la relijion. Los hombres tenemos siempre miedo de ver claro en nuestra conciencia, y como sería horrible encontrarnos con que somos asesinos vulgares cuando nos creemos héroes, o pobres charlatanes cuando nos creemos sabios, de ahí que instintivamente queramos apoyar en la relijion o en la filosofía nuestros desvaríos y nuestra perversidad. El canibalismo, la trata de negros, la opresion de los parias en la India, el despotismo, la prostitucion, las cosas más abyectas e infames han sido apoyados en sistemas científicos o relijiosos.

Nosotros obedecemos a esa misma fatal tendencia. Por eso hai ahora escritores y estadistas que no conciben el progreso sin la guerra. Por eso el Czar de Rusia encomienda cada instante su ejército y la suerte de la guerra, a la proteccion divina. De seguro, el otro loco del Japon estará tambien rogando a su Dios que *libre de todo peligro* a sus soldados. En verdad, son locos hasta dar lástima: cojen a los hombres, les arman, les lanzan unos contra otros a que se asesinen, y luego ¡ruegan a Dios que les libere de todo peligro! Y sin embargo, bastaría el más ligero exámen de los hechos para comprender que la guerra, no sirve de medio a la civilizacion. En primer lugar, ¿cómo se civiliza a nadie si se comienza por matarle? Y luego, ¿cuándo han necesitado los verdaderos civilizadores de asesinar a las jentes para difundir la verdad?

Los apóstols de Jesús, que esparcieron el cristianismo, no usaron cañones. Ptolomeo, Copérnico, Galileo, Herschel, Leverrier, Flammarion, el Padre Secchi, todo los creadores de la astronomía no usaron cañones. Santos Dumont y sus predecesores no llevaron la guerra a ninguna parte. El arado, la aguja, la máquina de coser, los fósforos, el cultivo del maíz, el jabon, la pluma de escribir, las tijeras, todos los descubrimientos modestos que nos dan vida y comodidad, no han necesitado de bombas ni de torpedos para hacer felices a los hombres. Ni Morse, ni Bell, ni Edison, ni Marconi han vivido degollando a sus semejantes, sino estudiando y experimentando. Los esposos Curie que han descubierto el radium y Roentgen que descubrió los rayos X, no han necesitado de acorazados para dar a conocer sus maravillosas invenciones.

No hai ninguna, absolutamente ninguna verdad científica, ni hai nada en la verdadera y benéfica civilizacion, que haya nacido de los combates, o que necesite del asesinato, del saqueo y del incendio para mantenerse o difundirse. Creer lo contrario, significa no haber pensado nunca con la cabeza.

Ahora, en esa guerra, van a morir millares de millares de hombres; millares de millares de niños quedarán sin padres. Las viudas, y las madres sin hijos, asordarán con sus lamentos el mundo. Hambre, tristeza, desamparo, lágrimas y sangre van a caer sobre la tierra como un diluvio. Así ha de ser, porque todavía la humanidad está compuesta de unos cuantos perversos y de una infinidad de ignorantes.

Pero que no digan que a las víctimas las mata la civilizacion, y la voluntad de Dios. Las matan la codicia, la ambicion y la vanidad.

ALBERTO MASFERRER.

La fuerza contra las ideas

Es un pensamiento favorito de los liberales contemporaneos el de que la fuerza no puede nada contra las ideas. En lo que á mi se refiere, confieso que no creo en esa impotencia.

No veo que se pueda impedir que, por medio del hierro y del fuego, se haga callar la inteligencia.

En el siglo XVI Italia era la tierra de las ideas. En el siglo siguiente habían desaparecido esas mismas ideas, no por medio de discusión sino por el derramamiento de sangre. En la misma época los Países Bajos eran muy herejes, lo que se les quitó en virtud del hierro, del fuego y de la horca. Cuando Felipe II hizo quemar á todos los que pretendían tener un pesamiento libre y pobló de buhos las ciudades de Gante, Brujas y Amberes, obligó á los herejes á que callaran y reconocieran la santidad de nuestra fé.

En los países católicos donde las ideas son el monopolio de algunos, puesto que el fanatismo impide que penetren en las masas, la luz de la verdad parece un privilegio y se hace odiosa á las multitudes cuya única herencia son las tinieblas.

Cosa extraña, el hierro que no puede nada contra la superstición, ha dejado ver que no es impotente contra las ideas. Es que la una se apoya sobre un gran número y las otras sobre un pequeño grupo. Toda la Italia se conmovió con la muerte de San Javier, mientras veía con indiferencia, los martirios de sus grandes filósofos.....

Los Villani, Dante y el pueblo italiano, se comprenden mutuamente. Maquiavelo, Giordano Bruno, Sarpi, Vico, Galileo y ese mismo pueblo, no han sabido comprenderse.

¿ Que tienen que decirse si no se conocen ?

Esa es una de las razones que explican por que Italia Francia y todos los pueblos que en el siglo XVI se opusie-

ron á la libertad religiosa, hoy se ven castigados con la imposibilidad de entrar, en el siglo XIX, en la libertad política. No pueden respirar el aire de libertad.

¿Qué importa la libertad de imprenta al que no sabe leer? Qué la de pensar al que no puede hacerlo sin ser hereje? Qué la de conciencia al que no se atreve á deliberar? Todas esas pretendidas conquistas del hombre moderno no serán más que ideales y vanidades para los pueblos siervos del papa romano.

El mundo del alma no existe para ellos; el que les ofrezca *pan y circo* será mas bien recibido que quien les hable de libertad moral.

EDGAR QUINET.



Album de Minerva

Ha circulado ya entre nosotros el número tres de un famoso *Album de Minerva* que anualmente edita, con gran lujo, el gobierno de la cercana provincia de Guatemala. La edición que nos ocupa, ha salido como las anteriores de la Tipografía Nacional, trae un rico papel satinado y viene profusamente adornada con grabados de las escuelas, con retratos, autógrafos y palabras de una cantidad de escritores americanos y europeos. El catálogo ilustrado de una gran casa comercial yankee, no vendría con más adornos. ¡Y cuántas empresas comerciales desearían un libro como este *Album*, para anunciar por toda América sus mercaderías! Pero lo curioso del caso es que este *Album* si no lo utilizan las casas comerciales, sirve—y este es su gran fin—para hacerle un *reclame* escandaloso al gobierno guatemalteco. El *Album* cuesta á Guatemala \$ 50,000-00 por lo menos. De donde sacan este dinero?

Del tesoro fiscal. Y estos gastos los hace el gobierno de un país que tiene ahora su cambio al 1,500 °/o. Y entiéndase que no tomo en cuenta las sumas enormes que en los últimos días de cada octubre invierte aquel gobierno en todo el país para celebrar con pompa la cacareada *Fiesta de Minerva*. Es increíble que se gaste tanto dinero en nombre de un cacique que solo aspira á ventear su vanidad insupportable y risible.

Qué contiene el *Album*? Un gran número de frases, ordenadas según su procedencia, y hechas en gran parte por ese montón de charlatanes que en la América comercia con la pluma y explota la vanidad sin límites de algunos Presidentes. Por supuesto que estos habladores de lo que menos entienden es de enseñanza y pedagogía, en nombre de las cuales el cacique de Guatemala edita el *Album*. La colaboración que parece interesante es de algunas firmas conocidas de Europa. Cómo la han obtenido? Por medio de los agentes consulares de Guatemala. Estos agentes, á su vez, mandan una copiosa suma de palabras y elogios para el Presidente. Esas firmas, naturalmente, las han obtenido por sorpresa. Es sabido que muchos de los grandes escritores europeos son complacientes con los niños de Sur América que llegan arrastrándose hasta sus pies. A veces, bondadosamente, contribuyen con su aprobación escrita a sostener reputaciones literarias fantásticas, como hemos podido verlo por acá. Sueltan su pluma fácilmente, sin importarles si lo que escriben en un rato de buen humor se va á publicar en la provincia de Guatemala ó en Cochinchina. Lo que sí no se han figurado hasta ahora es que sus retratos, y sus autógrafos sirven para llenar un libro destinado á hacer la propaganda al nombre y á la figura

de un mandarín que en Guatemala ejerce la presión más espantosa sobre su pueblo.

Esto es lo que sucede en efectivo. El gobierno guatemalteco riega el *Album* por todos los países de la América Española. A todas partes se pretende llevar el buen nombre de la *progresista y Liberal Administración* de Manuel Estrada Cabrera. Lo que no conocen en todas partes es la gran farsa que encierra tal publicación. En Guatemala con trabajo se encuentra una escuela que cumpla con los requisitos de la pedagogía actual; la Administración de la enseñanza es de lo más rutinaria y atrasada del Continente; gran parte del cuerpo enseñante recibe con mucho atraso el sueldo que le corresponde por sus servicios. Pues bien, con la farsa de este *Album* se quiere hacer creer en el extranjero que Guatemala ocupa un puesto de primera línea en la Instrucción Sud Americana. Y la cuadrilla de escritores y periodistas asalariados que dentro y fuera del país mantiene el gobierno guatemalteco, derrama en inglés, francés y español una de ditirambos adormecedores para el Cacique. Esta farsa es una de las vergüenzas mayores que pueden verse en Centro América.

Es tal la vanidad del Presidente guatemalteco que su retrato aparece tres veces en el *Album*: en la portada, en la segunda página y en un facsímile de los diplomas que se repartieron en la *Fiesta de Minerva á los niños*. En este facsímile el Amo está sentado muy orondo entre globos terrestres, compases y niños que estudian ó juegan. No es esto risible? Oh juventud de Centro América, como te animalizan desde la niñez y te acostumbran á deificar fetiches! Exhibirse es lo que desea aquel gobernante, que lo vean por doquiera, que lo admiren, que sepan que existe pero no que tiraniza á una provincia de la América

Central. Intercaladas en el texto vienen piezas musicales, escritas casi todas por militares: nótese que las piezas han sido premiadas antes en un concurso hecho para el caso. La última parte del *Album* se compone de reproducciones sacadas de la prensa criolla y extranjera. Es un elogio interminable que nace del miedo ó del salario.

No encierra el número tres del *Album de Minerva* un solo estudio fundamental, digno de costear los gastos de impresión. Es un potpourri, una serie de retazos sin valor práctico para el magisterio ó para la Enseñanza de Guatemala.

Este *Album de Minerva* como el no menos famoso libro conmemorativo de *Costa Rica en el siglo XIX* es una de esas farsas tan frecuentes en Centro América. Es una de las tantas locuras gubernativas que por aquí se estiman y que estos pueblos imbeciles soportan pacientemente, a pesar de ser los más interesados en que no se practicasen, pues los gobiernos se hacen *réclame* derrochando de modo tan inútil las rentas que producen los numerosos impuestos.

THE CLARION.

La sal es un veneno

¿Cuál es el papel que desempeña la sal de cocina en el buen funcionamiento del organismo? Esta cuestión se planteó el día en que el doctor Achard llegó á demostrar que los edemas y las hidropesías que forman la desesperación de los albumínicos, son debidos á una retención de los cloruros. Este hecho ha servido de punto de partida para una serie de trabajos cuya conclusión es probar que en ciertas condiciones la sal de cocina obra como veneno.

Experimentos ya antiguos han dado á conocer el papel

primordial que las sales contenidas en los alimentos desempeñan en la economía. Siempre han servido para comprobar que un perro bien alimentado con azúcar, grasas, almidón, carnes y otros manjares, conteniendo poca ó ninguna sal, muere diez ó quince días antes que otro perro, de la misma edad y del mismo peso, al empezar el experimento, sometido al ayuno absoluto, es decir, sin recibir ningún alimento sólido ni líquido.

Se ha tratado naturalmente de comprender y explicar esta muerte prematura, llegando á la conclusión de que la operación química extrae la sal de los alimentos, los hace impropios para la vida. Esta explicación es deficiente, porque sólo formula el hecho de la muerte, sin indicar sus razones.

Veamos ahora el papel exacto que desempeña la sal de cocina.

M. Rosenthal da á un perro alimentación abundante, pero arreglada de modo que los alimentos no contengan sal de cocina. Al cabo de algunos días, reconoce que el animal tiene albuminuria y que ésta desaparece cuando se le vuelve á dar la sal. El mismo resultado ha obtenido M. Wundt, haciendo el experimento sobre sí mismo. Al tercer día padecía de albuminuria y la hizo desaparecer volviendo á su régimen ordinario.

Esto demuestra únicamente que la sal de cocina es necesaria al organismo, hasta el punto de que su ausencia provoca un sufrimiento que se manifiesta en los riñones con la albuminuria.

Se podría suponer entonces que cuanto más sal se tome tanto mejor será la salud. El laboratorio ha probado que no, pues de los experimentos de M. Lepine, resulta que si se hace tomar sal en exceso á los animales, se de-

clara en ellos la albuminuria, presentando los riñones lesiones manifiestas de nefritis.

Así, pues, la ausencia de sal de cocina en los alimentos obra exactamente del mismo modo que su exceso. En el primer caso explicamos la albuminuria por enfermedad del riñón: en el segundo, el cloruro de sodio parece obrar como ciertos venenos que atacan al riñón, cuando han sido introducidos en el organismo. ¿Es, pues, la sal de cocina una sustancia tóxica? Y si es tal ¿por qué se enferma el organismo cuando está privado de este veneno?

Para tener las respuestas á estas preguntas, vimos en el hospital un enfermo del doctor Widal. Este enfermo había entrado por nefritis y albuminuria en un estado lamentable. Tenía los párpados hinchados, la cara lívida, las piernas enormes. Apenas podía respirar porque sus pulmones estaban infiltrados de serosidad y comprimidos por líquido de la pleura. M. Widal puso su enfermo al régimen lacteo absoluto y le hizo tomar cuatro litros de leche por día. Desde el día siguiente el enfermo se encontraba mejor y ocho días después, había desaparecido la hinchazón, y sólo una pequeña cantidad de albúmina quedaba en los orines.

Conseguido este resultado, M. Widal dejó al enfermo sus cuatro litros de leche, pero le agregó 10 gramos de sal de cocina por día. Veinticuatro horas después, la albuminuria reapareció y el enfermo presentaba los mismos síntomas anteriores. Todo parecía indicar que el edema estaba invadiendo el cerebro.

Para probar que la sal era la causa de la enfermedad, M. Widal hizo un verdadero experimento clínico y sensorial. A este enfermo, que según la enseñanza clásica sólo debía vivir de leche y para quien la carne era un verdadero veneno, le dió no solo carne, sino también pan y

papas. Pero tuvo cuidado de que estos alimentos fueran preparados sin sal.

Bajo la influencia de este régimen sin sal, el enfermo se deshinchó nuevamente y la carne hizo desaparecer la albuminuria completamente, quedando solamente en los orines 70 centigramos de albúmina en vez de 4 gramos que quedaban con la leche.

Y para demostrar bien la influencia tóxica de la sal, M. Widal hizo de nuevo estallar la tormenta albuminúrica, agregando 10 gramos de cloruro de sodio, y restableciendo luego el orden con su supresión.

Los experimentos del doctor Widal nos demuestran que en ciertas formas de nefritis, la sal obra como un verdadero veneno, y luego que el régimen lácteo, al cual se condenaba á los albuminúricos, ya no tiene razón de ser pues algunos de estos enfermos pueden comer todo, con tal que sus alimentos contengan la menor cantidad de sal posible.

Pero, gracias á ellos, también se ha podido comprobar que las hidropesías y los edemas que se observan en otras enfermedades, como las del corazón y del hígado, pueden curarse del mismo modo que la nefritis con la "decoloración alimenticia". Se puede citar un ejemplo de M. M. Achard y Paiseau, que en ocho días han hecho desaparecer, con el régimen "decolorado", una ascitis procedente de una cirrosis del hígado.

Para explicar por qué la sal de cocina, en dosis relativamente mínima, obra de modo tan extraño en los enfermos de nefritis con albuminuria, acudiremos á la teoría de la "abstención de los cloruros".

Está demostrado hoy que en ciertas formas de nefritis las sales introducidas en el organismo, junto con los alimentos, no son eliminadas por los riñones y quedan en

gran parte en los tejidos; pero como no se deposita allí, en forma de cristales, debe disolverse. Para esta operación necesita cierta cantidad de agua que toma de la sangre. Precisamente este aflujo de agua hacia la sal detenida en los tejidos hace que el albuminúrico tenga á veces los párpados y las piernas hinchados, los pulmones embebidos de serosidad y el cuerpo transformado en una esponja. Para dar á este fenómeno la fórmula científica, diremos que la "retención de los cloruros" es la causa de los edemas é hidropesías que sobrevienen á veces durante la nefritis con albuminuria.

Así comprendemos que los alimentos salados sólo pueden aumentar el fenómeno de la retención de los cloruros y provocar la aparición de los edemas como la decloruración los hace desaparecer al hacer pasar la solución salina de los tejidos, primero á la sangre y luego al riñón, retirando así del organismo la sal, causa de todo el malestar.

Para explicar por qué la ausencia de sal, como su exceso en los alimentos, provocan á veces el paso de la albumina á través del filtro renal, hay dos hipótesis, la una del doctor Widal, que la sal de cocina ejerce una acción tóxica sobre el riñón, y la de M. Achard, que el cloruro de sodio irrita, mecánicamente, este órgano.

Recientemente M. M. Castaigne y Rathery han probado que ambas teorías son inexactas y que la acción de la sal es muy distinta. Para determinar el mecanismo de esta acción, tomaban los riñones de perros recién sacrificados, y antes de examinarlos con el microscopio, los dejaban algún tiempo en soluciones salinas de graduación variable, pero siempre determinada. Han verificado que entre las numerosas soluciones salinas preparadas había una, con cantidad de sal determinada, en la cual las células re-

nales encargadas de la secreción de la orina no sufrían ninguna modificación y quedaban normales. En cambio, cuando el riñón se sumergía en otra solución más ó menos cargada, las células nobles cambiaban de aspecto y presentaban alteraciones y lesiones manifiestas.

En las soluciones con muy poca sal, las células se achicaban, se arrugaban y se volvían membranas inertes: la solución atraía el agua de la célula y la secaba.

En las soluciones con escasa sal, las células se hinchaban y reventaban á trechos: el agua de la solución pasaba á la célula y la hinchaba. En ambos casos el filtro renal dejaba pasar la albúmina, quedando así demostrado que para funcionar normalmente las células tienen que estar en contacto con un líquido que contenga una proporción exacta y casi constante de sal.

Esto nos explica cómo en la nefritis, la sal de cocina se detiene en los tejidos; cómo el líquido que filtra, al tener bastante cloruro de sodio, irrita la célula y aumenta la albuminuria; cómo, con el régimen declorurado, la sal fijada en los tejidos vuelve á la sangre; cómo el líquido que filtra se vuelve normal y cómo, al ser la célula bañada en una solución isotérmica ó disminuye ó desaparece la albuminuria.

Esta cuestión de cloruros nos reserva ciertamente grandes sorpresas.



Parábolas Los jueces y los levitas y los escribas y todos los poderosos se levantaban clamando contra las nuevas doctrinas de los tiempos.

Los discípulos, llegándose á Jesús, dijeron: Maestro, dadnos tu enseñanza. Oímos que los levitas y los escri-

bas y todos los poderosos, agitándose en las calles y los templos, vilipendian y maldicen las nuevas doctrinas de los tiempos. Explicádnoslas para maldecirlas nosotros también.

Jesús, sonriendo, les respondió: Venid mañana junto al mar.

Y meditando se alejaron los discípulos. Al día siguiente Jesús contemplaba la extensión del mar reverberante como una ascua bajo la llama redonda y roja del sol que bajaba hacia las aguas. Llegaron los discípulos y saludando á Jesús le preguntaron: Por qué nos has hecho venir hasta aquí? Jesús les replicó: Ayer me dijisteis: en las calles y los templos los levitas y los escribas maldicen las doctrinas de los tiempos nuevos. Mirad: no hay templos en la desierta playa ni en la extensión del mar.

Los discípulos comprendieron. Tras un momento de silencio uno de ellos interrumpió de nuevo: Maestro, decídnos lo que van buscando los hombres de los tiempos nuevos

Jesús, con sus grandes ojos azules fijos en el azul del mar, lo infinito en lo infinito, contestó:

—Vivía yo entonces en el fondo del Asia, cerca de un bosque tan antiguo como colosal. Los poderosos troncos se erguían en el aire con aspecto sacerdotal, extendían hacia lo alto sus copas magestuosas y hundían en las entrañas de la tierra sus profundas, sus oscuras raíces. Bajo el bosque todo era sombra. Y los hijos de los grandes árboles ya no podían crecer: sin luz y sin aire se hallaban sus cabezas; sus raíces encontraban otras raíces debajo, en la noche de las entrañas de la tierra. Todo estaba invadido por las raíces de los viejos árboles que se negaban á morir y devoraban los jugos de la tierra como

si pensarán: la tierra que me da sustento no puede darlo á otros. Los hijos de los grandes árboles—el bosque joven—murmuraban. Algunos viejos venerables, oyendo las protestas de aquella vigorosa juventud del bosque antiguo, protestan también y juntos, sacando sus propias raíces de la noche de la tierra y poniéndose al frente de aquella noble juventud del bosque hablaron: haced como nosotros y venid. Los jóvenes árboles sacaron sus raíces de la noche de la tierra y se pusieron en marcha hacia el aire, hacia la luz.

He visto eso y os he dicho: sacad de la noche vuestras raíces y venid conmigo hacia el aire, hacia la luz.

De nuevo hubo silencio y todos miraban al mar. Uno de los discípulos, el menos pensativo, murmuró:—Maestro, yo he comprado mi casa y la porción de tierra que me da el sustento; cómo puedo abandonarlas?

Jesús, mirando siempre fijamente el mar, le respondió: Diez robustos pescadores llegaron á una playa desierta como esta y se dedicaron á trabajar en el mar. Al cabo de cierto tiempo llegaron dos pescadores más é instalándose en la playa dijeron á los otros: venimos á pescar también.—No gritaron los diez—compradnos el derecho; nosotros estábamos aquí y no podréis pescar! Los dos pescadores se marcharon á buscar otra playa distante, porque no podían comprar aquel derecho. Pasado algún tiempo, dos nuevos pescadores arribaron á la playa y se dispusieron á pescar, sin decir una palabra. Los diez antiguos pescadores les gritaron:—No pesquéis porque no nos habéis pagado el derecho de hacerlo. Uno de los dos recién venidos les replicó:—Y vosotros á quién pagásteis ese derecho? En dónde está el dueño del mar? Queremos pagarle á él! Los diez pescadores respondieron: somos nosotros, porque hemos trabajado aquí por espacio

de mucho tiempo, aquí hemos invertido nuestras fuerzas. —Pues bien— contestaron los dos—si el trabajo os dió derecho, el trabajo va á dárnoslo á nosotros. Si trabajando en el mar él os ha dado fuerza, salud y sustento, si os ha dado riquezas, qué más provecho queréis obtener del mar? Sin embargo, os pagaremos el derecho cuando hayais trazado los límites á vuestra propiedad en el mar. Los pescadores se miraron unos á otros y guardaron silencio.

Los discípulos también callaban mirando venir sobre el mar la barca de sombras de la noche.

RAIMUNDO LULIO.

—•—

El conchito El hambre, cual una víbora, es-
enfermo tranguaba el hogar del campesino.
 Soto y su esposa trabajaban
 mucho.

Cuando los comemaices entonaban sus canciones á la aurora, ya los dos esposos iban tristes, pensativos, camino del trabajo. Soto, llegaba á un beneficio, y Celi-
 na su esposa, se dirigía al cafetal de don Rafael.

Ambos se contaban, de regreso, las vejaciones é insultos recibidos, los descuentos continuos del sueldo..... las injusticias del patrón.

Y los cuatro pequeñuelos se quejaban en silencio escuchando las protestas de sus padres.

El primogénito, Sotillo, como le decían, ya hacía preguntas muy serias.

—Tata, hablaba Sotillo—¿por qué nosotros que trabajamos tanto vivimos tan mal, y esos que se pasan dur-

miendo, con su cigarro en la boca, siempre tienen plata?...
¿Por qué hay pobres y ricos?

Y esas preguntas de un cerebro de seis años eran contestadas por su padre con el *Dios lo quiere* del cura.

Sí, esas mismas preguntas se las hizo Soto en el confesionario al sacerdote y allí fué donde aprendió la frasecita que explica y acepta injusticias.....explotaciones.

Pero Soto á solas pensaba: "¿Cómo va á querer Dios, un ser tan bueno, que mientras á nosotros nos devora el hambre, existan gentes que en medio de sus placeres, se engullan nuestras fuerzas?".....Y los consejos del cura se estrellaban en su conciencia razonable.

El pobre Soto sufría.

Y qué padre no sufre hondamente si le hacen "me dá?" los hijos pidiéndole el pan que no tiene?.....

Sotillo pensaba en la situación de su casa; y por eso prefería martirizar su estómago, antes de despertar las penas de su padre.

Al principio estuvo yendo á la escuela del pueblo sin que nadie lo obligara, porque quería aprender.....

—Yo no quiero quedarme tonto —decía el pequeñuelo.

Una tarde Soto y su esposa esperaban á Sotillo en la puerta de la casa. Pronto lo divisaron.

Venía de la escuela con sus alforjitas al hombro. En la bolsa de atrás traía el almuercillo intacto y en la de adelante, oprimidos contra el pecho, el Silabario y sus cuadernos.

—¿Por qué tan contento? hijito, le preguntó su madre.

—¡Ah, porque ya se escribir *ala* y *ola*!.....Hoy cuando los demás niños salieron á almorzar, yo me fuí á un potrerillo y sentado en el zacate, me puse á escribir. ¡Miren! dijo Sotillo mostrando el cuaderno.

—De manera que no has almorzado?, replicó tristísimo el padre.

—No, tata; por hacer letras.

Y los dos esposos se miraban con la melancolía más profunda. No se atrevían—como era su intención—á comunicarle que les era imposible mandarlo á la escuela: era preciso que él también ganara!

Pero Sotillo con su malicia sospechó algo de lo que trataban y no pudo contener las lágrimas; abrazándose á sus padres les dijo:

—Bueno, bueno, yo trabajaré *pa* ustedes.

Y otro día, ya no puso en sus alforjas los libritos de la escuela. Iba con rumbo á un trapiche.

.....
Poco á poco se fué debilitando notablemente, porque los trabajos eran muy pesados para un niño tan tierno.

Y cuando Soto advirtió en su hijito principios de pulmonía, una desesperación muy grande se apoderó de su alma. Ya no dormía las noches velando al enfermo.

“No lo llevo á la *villa*—decía, porque aun consiguiendo el dinero pa las medicinas, se que esos médicos ven con indiferencia al conchito enfermo”.

Y por eso prefirió dejarlo en su casa.

Grave seguía el pequeñuelo. En vano su madre se esforzaba por salvarlo. Y Soto deliraba como trastornado.

—Ya no lo veré más!—hablaba. Y todo por mi culpa.

Ese pensamiento lo quería volver loco; pues qué culpa puede tener un hombre que vive explotado en una sociedad, en donde sus fuerzas se disipan sin saber cómo?

Pero Soto no razonaba así. Y cada vez se iban notando en él nuevos síntomas de locura.

Por fin murió Sotillo.

En esos momentos de angustia se encontró al infeliz campesino riendo históricamente y apretando contra el pecho la camisita manchada de plátano con que iba Sotillo á la escuela.

MARCOS FROMENT.

Advenimiento

Era la noche en la conciencia humana,
 Era la soledad, era el vacío;
 La esclavitud, de la ignorancia hermana,
 Mataba el alma con su aliento frío.

Era el poder del cetro y de la grana
 Haciendo alarde de pujante brío;
 El imperio fatal de la sotana
 Misterioso, fatídico, sombrío.....!

Mas, sonó en el espacio ruido inmenso,
 Nuncio feliz de tempestad violenta
 Y el cielo fulguró con brillo intenso;

Se hizo la luz, que la tiniebla auyenta,
 Y surgió de las brumas del incienso
 La máquina asombrosa de la Imprenta.

JOSÉ MARÍA ZELEDON.

GERMINAL

Señoras, señores.

La fiesta de la razón Celebramos hoy en este recinto la fiesta de la Razón: fué proclamada hace un siglo por nuestros padres republicanos, en medio de la tempestad revolucionaria, durante la calma de un día, aunque entre nosotros y los eternos enemigos de la Ciencia y de la Razón la lucha continúa tenaz y empeñada. Por nuestra parte nos hallamos, como nuestros antepasados, animados del mismo entusiasmo por la verdad, la justicia y la fraternidad. Pero si la dirección del espíritu moderno ha permanecido invariable, nosotros hemos ensanchado nuestro horizonte: hoy no debemos ya dejarnos arrastrar por la tempestad hasta responder á la violencia del fanatismo por una violencia contraria, sino que debemos conservar siempre la dignidad serena y la benevolencia para todos que conviene á los intérpretes de la Razón. La evolución progresiva de las ideas y de los sentimientos de la democracia nos impone deberes y un método nuevos.

Las fiestas, tales como la presente, son necesarias, porque no basta proclamar friamente por la prensa las grandes máximas sociales, frecuentemente sólo accesibles á los iniciados. El que posee la verdad no debe reservarla para su fuero interno, sino que debe comunicarla, propagarla, según sus propios medios. Además, en el aislamiento los corazones quedan desanimados, al paso que, reunidos, los sentimientos generosos se hacen comunicativos y las simpatías se exaltan. Por eso se instituyeron las fiestas y las ceremonias como la que aquí nos reúne.

Lo que mi débil voz no puede hacer, vosotros lo com-

pletaréis y engrandeceréis por el concurso de vuestras convicciones.

La Razón tiene historia propia, tradiciones y doctrinas, en el curso de las diversas fases reconocidas por la civilización.

La Ciencia no hizo su aparición en los primeros días de la raza humana; fué formándose como desprendida poco á poco de la mezcla confusa de preocupaciones y de conocimientos lentamente adquiridos que iba marcando la existencia de las tribus primitivas.

Las organizaciones sociales más antiguas no conocieron la Ciencia sino asociada á las supersticiones de las religiones antiguas. Hace veinticinco siglos no más que el espíritu racional dió los primeros signos de su existencia independiente, entre las razas que poblaban las riberas orientales del Mediterráneo; pero desde entonces, de Sócrates á Platón y á Aristóteles, de Galileo á Descartes y á Leibnitz, de Condorcet á Hegel y á Augusto Comte, de Voltaire y Rousseau á Renan, ha existido una ininterrumpida cadena de filósofos, sabios, de pensadores libres.

Desde los orígenes del cristianismo se proclamó el Logos, es decir, la Razón Universal que ilumina todo hombre que viene á este mundo. Cierta es que la aparición de esta luz quedó subordinada á la revelación divina y fué obscurecida durante diez siglos por la opresión sacerdotal de la Edad Media; pero el espíritu moderno le ha desatado de esos lazos imaginarios. Nuestros predecesores de los siglos XVIII y XIX emanciparon la Ciencia de su servidumbre; á esta tradición nos adherimos, prosiguiendo su desarrollo para el bien de la especie humana con gran energía y éxito feliz, y tenemos empeño en trasmitirla triunfante á las generaciones que vienen á sucedernos.

Esta tradición, señores, no lo olvidemos jamás, es la de la Libertad del Pensamiento. En nuestro entusiasmo por la Ciencia y la Razón, debemos mantener este principio fundamental: se ha de convencer á los hombres apoyándonos únicamente sobre su adhesión voluntaria, sin pretender jamás la infalibilidad, sin exigir ni imponer en nombre de la Razón el monopolio de dogmas inmutables.

Por eso protestamos, como lo hicieron nuestros antepasados, contra toda organización sacerdotal y religiosa exclusiva del consentimiento ideal, que toma su fuerza, sus doctrinas y sus prácticas en una autoridad sobrenatural, cuya representación es extranjera en todas las naciones como lo es en Francia. La teocracia en la historia del mundo ha sido un parásito que ha vivido y vive á expensas de las naciones y que no cesa de desarrollar en ellas, como en virtud de un virus específico, el fanatismo, la intolerancia y la superstición. Si queremos separarle, no es para reemplazar su expresión por la nuestra, al contrario, es para dejar á cada individuo la libertad completa de sus opiniones, de sus creencias y de sus prácticas personales.

El reino de la Razón abarca todas las regiones de la actividad humana: actividad intelectual, actividad artística, actividad moral; comprende el completo ideal social. Tal es el dominio íntegro de la Razón, el cual no se nos ha manifestado por una revelación teológica, desenvuelta por los métodos de la escolástica antigua; ya no aceptamos la autoridad de las afirmaciones *a priori*. Hoy, en el orden moral, lo mismo que en los órdenes físico, biológico y social, la Ciencia y la Razón modernas descansan sobre una misma base: el conocimiento de los hechos y de sus relaciones generales comprobados por la observación y experimentación de los fenómenos na-

turales. A la infatuación del sacerdote, órgano infalible é invariable del pensamiento divino, ha sucedido la modestia del sabio que procura ser útil á los hombres por la investigación penosa de los hechos y su interpretación, modificada sinceramente en virtud de una evolución progresiva. No es necesario recordar hasta que punto ha transformado este método de pocos siglos, en lo moral como en lo físico, las sociedades humanas. Sin hablar de la astronomía, que ha revolucionado todas nuestras concepciones sobre la constitución del universo y desvanecido las antiguas ilusiones sobre el cielo y el infierno, al mismo tiempo que suministraba sus reglas directoras á la navegación, basta recordar como la mecánica, la física y la química han asegurado al hombre un poder siempre en aumento sobre la naturaleza, que han sustituido el trabajo limitado de los brazos del individuo por el esfuerzo indefinido de las fuerzas naturales empleadas y dirigidas por su inteligencia, con lo que aumenta incesantemente la riqueza y el bienestar universales. Al mismo tiempo las ciencias biológicas han prolongado la vida humana y disminuyen cada día los peligros y los sufrimientos, lo mismo de los miserables que de los más afortunados.

Las ciencias sociales, con un esfuerzo paralelo, apoyadas también sobre un conocimiento más profundo de las leyes que residen la marcha de las sociedades humanas, se esfuerzan por asegurar á cada uno una justicia igual para todos; es decir, las condiciones más favorables al desarrollo de sus facultades y á la realización de su felicidad y de la de su familia.

He ahí lo que entendemos por el reino de la Ciencia y de la Razón.

En realidad, se confunde con la realización progresi-

va de un ideal basado sobre las aspiraciones más elevadas de la raza humana, que quiere de hoy en adelante sacar sus recursos de sí misma.

De este modo nos proponemos la concordia y la armonía de todos los habitantes de un mismo pueblo y de todas las naciones, armonía y concordia fundada á la vez sobre un sentimiento impreso en cada conciencia individual y sobre la demostración científica de la ley de solidaridad universal.

BERTHELOT.

EPÍLOGOS

Vendidos

La turba ciega en quien los hombres de la política militante han despertado esa vieja y tradicional patriotería hasta llevarla á la exaltación, nos llamará vendidos.

Hoy que es dominante la pasión del oro, se injuria con esa palabra á los hombres que defienden con ardor, una convicción cualquiera; en otra época en que el fanatismo religioso imperó se les llamaba herejes; cuando las nacionalidades se delinearon con claridad, se les llamó traidores. Hoy ya no se nos llevará á la horca, ni al tormento por herejes ó traidores, pero se nos llamará vendidos, para desvirtuar la fuerza de una convicción.

La patria, entendida á la manera como se ha venido haciendo en los días pasados, es una concepción absurda: la patria no debe ser un monstruo que devore la justicia y despedace bajo sus cascos las leyes de la razón.

“Debemos estar con la patria tenga razón ó no,” es un grito horroroso de barbarie lanzado por la ignorancia

desde el fondo de la más tenebrosa caverna de los siglos.

Los hombres libres ya de las preocupaciones patriotas están con lo que entienden por patria cuando de parte de ella se hallan la razón y la justicia. Si la razón y la justicia asisten á quienes llamamos extranjeros, con ellos debemos estar por que allí están razón y justicia.

En nombre de la Patria no debemos tiranizar conciencias, ni en nombre de intereses patrios estamos autorizados para violar los ajenos.

La Compañía del Ferrocarril de Costa Rica por un contrato había adquirido derechos. Otra Compañía para dar la mayor extensión á sus negocios necesita herir aquellos derechos adquiridos y trabaja en el ánimo de quienes pueden para que aquellos se burlen. Para que tamaña acción fuese posible era necesario un precio: la Compañía que va á ser protegida ofrece la suma de un millón novecientos treinta y seis mil colones, cerca de dos millones de pesos, y la transacción queda hecha, viniendo á aumentarse el tesoro nacional con aquella suma, el precio de la violación de la justicia.

No solo los individuos sino también los estados como colectividades, experimentan el influjo de la violenta seducción del oro; de allí las ansias de conquista, de colonización, de anexión cuando se tienen ejércitos y escuadras, de allí la violación de la justicia cuando se dispone de las mayorías enneguecidas con los falsos sentimientos de un patriotismo rezagado y terrible.

Gentes sensatas, jóvenes que habeis aprendido á observar y á pensar, ved que son en las cuatro partes del mundo los gobiernos ó sus amigos los que se empeñan en exaltar ese sentimiento de odio que dormita en el fondo de todo patriotismo mal entendido. Es que ese es uno de los más potentes resortes para gobernar á las turbas en-

cegueciéndolas y acobardándolas para mirar de frente la verdadera justicia.

Quien, en adelante, podrá contratar en serio con la nación cuando es sabido que sus gobiernos son á un mismo tiempo partes contratantes y autoridades de justicia que resuelven por sí y ante sí las cuestiones que pudieran ser litigiosas?

Luego se dice: los juicios del pueblo son infalibles. Bárbara mentira que nos hace estremecer, por que es la divinización de la más desastrosa tiranía, tanto por que la ejercita el pueblo mismo como por que pequeños grupos de hombres se arrogan el derecho de proceder á nombre de ese mismo pueblo. No, el pueblo lo sabe, sus juicios no son infalibles; por encima de ellos están los principios de la verdadera justicia que es preciso buscar más allá de los discursos de los hombres que viven halagando las pasiones mezquinas de los pueblos. Ellos aman la justicia, ellos la buscan, pero hay siempre políticos empeñados en oscurecer la verdad que acabaría con su prestigio.

No son infalibles sus juicios, la ignorancia no será infalible jamás. Si el pueblo francés lo hubiese sido ¿se habría dejado engañar por los grandes falsarios de su ejército en el asunto de Dreyfus? Se habría dejado seducir el pueblo inglés para lanzarse á la sumisión de los boers? Téngase entendido que citamos dos pueblos cultos.

Concedamos por un instante que el pueblo costarricense tuviese el privilegio de ser infalible, cual ha sido en el asunto de las dos compañías el juicio del pueblo? El pueblo no ha dado su juicio. Desde ese punto de vista, si se tiene razón, el único juicio infalible es el que no se da.

Y la representación nacional? Esas son palabras.

Y la Prensa? Con raras excepciones quienes han defendido el contrato son personas vinculadas con el Go-

bierno ó con la Compañía favorecida. Alguno lo ha estado con ambos. Ese ha sido el juicio infalible del pueblo.

Nuestro pensamiento franco alborotará de nuevo á los enemigos de VIDA Y VERDAD. Qué importa! Las aves procelarias, cuando ven venir la tempestad, sacuden más fuertemente sus alas! Y VIDA Y VERDAD es ave de tempestad.

RAIMUNDO DIALMA.

Sin un ligero comentario de censura, y apenas con tímidas y vergonzantes laudatorias de esas que entonan los amigos incondicionales, pasó ya en nuestro país por sobre los altos intereses humanos, un decreto atentatorio á los preceptos de humanidad y de justicia, que el libre pensamiento ha promulgado desde las ardientes cimas de la conciencia emancipada.

Nos referimos al decreto que prohíbe la entrada al país de esos inofensivos buhoneros que andan por nuestras calles afanados á toda hora en su pequeño comercio. ¿Qué motivos se alegan para una prohibición de esa naturaleza? Acaso los de la moralidad? Tal vez los de la Higiene? Serán tal vez las preocupaciones de la raza que han convertido en seres degradados por la naturaleza á los negros y á los chinos? Será el espíritu religioso que sube á las alturas con su influencia abrumadora?

Nos atrevemos á pensar que nada de esto ha obrado en el ánimo de quienes ese decreto han sancionado. La moralidad de esos trabajadores errantes no es posible negarla, ya que nadie les imputa la perpetración de un crimen, ni se sabe que ellos figuren en las innumerables par-

tidas de rateros de esta y de otras muchas nacionalidades, que andan por abí. Algunos los tachan de extremado desasco y á esto atribuyen la disposición con que hoy se les veja; pero tal argumento es imposible desde luego que estando entre nosotros la Higiene pública—como tantas otras cosas—en manos del Estado, fácil le sería á éste—á quien todo le es posible—combatir la suciedad en los hogares de esas gentes. Además, con qué derecho nos atrevemos á lanzar esa piedra contra nadie, cuando si se registraran *concienzudamente* las casas de nuestras ciudades, acabaríamos por cerrar las puertas de la República á la mitad de los costarricenses por lo menos? De las viviendas de los campesinos no hay que hablar; ya todos sabemos que en ellas reina el desaseo más espantoso, hijo de la ignorancia en que se les ha procurado mantener. Allí los niños—víctimas inocentes—pasan todo el día sobre el suelo casi siempre *húmedo*, comiendo tierra infecta, disputando la comida á los perros, á los cerdos, á las gallinas, en los mismos sitios en que luego se revuelcan y aun se duermen.

No, la razón es otra bien clara y triste por cierto. Se atropella la libertad que tienen los hombres sanos y honrados de ejercitar su derecho sobre el mundo, y no en nombre de alguna de las llamadas necesidades sociales, ó de esas preocupaciones tenaces que subyugan el entendimiento de los hombres; ni siquiera de la *razón de estado* que tantos admiradores tiene entre nosotros. Es la intriga la que ha obrado seguramente, es el comercio mezquino que ha recurrido á la única arma con que aquí se lo gran triunfos, para matar la competencia que muy bien se pudo atenuar con el trabajo redoblado y la perseverancia pertinaz.

Es una nueva victoria lograda por las influencias re-

catadas que no osan combatir lealmente y ejercitan sus talentos en campos vedados por la hidalguía.

La aspiración universal de amor y de concordia, ha sufrido lesión gravísima con el decreto contra el cual nuestra pluma consigna hoy su protesta.

RUTENIO.

Nuestros intelectuales

Es sensible, que en nuestro país sea tan estrecho el espíritu de los intelectuales. Limitanse, casi sin excepción, á emitir opiniones concretas, cuando son requeridos por sentimientos que la pasión arrastra. No educan, no forman escuela, no atraen, no ejercen influencia.....¡Triste apostolado, en verdad!

En tiempos de calma, serenos, como los de que disfruta Costa Rica, debieran debatirse por los hombres de letras y de ciencias, los graves problemas económicos, morales y sociales, que agitan á los pueblos y ofuscan á los individuos.

Pensar que aquí no hace falta tal propaganda, es cerrar los ojos á la luz que nos rodea, creyendo que su límite apenas circunda la diminuta ciudad en que vegetamos.

Los pueblos, no son grandes solo por su extensión, por su territorio, por su población.....Un puñado de hombres levantan el honor de un país, en cualquier momento de su existencia.

¿Qué preparación se da á nuestra juventud; qué alientos recibe de los que pueden alentar; qué ejemplo, qué enseñanza, qué ideal derraman los intelectuales de Costa Rica?

En todas partes, la asociación tiene sus más fuertes arraigos, en los varones de más claro entendimiento:

ellos son los que fomentan el espíritu de solidaridad, manteniéndolo en cohesión por el magnetismo de la palabra. Hablan, discuten, comentan, escriben.....; la emulación espolea á la juventud; el ardor de la polémica enardece á los tibios; el fuego de la elocuencia arrastra á los más perezosos, y el entusiasmo por el bien, el afán de conocer la verdad, los lleva á reflexionar en los diversos criterios que la libertad defiende.

¡Vivificante lucha de la inteligencia!

Aquí en este cálido ambiente, en este verdor que los vecinos campos ostentan, en este valle que las ondulaciones de las montañas han establecido, todo es sopor, monotonía, languidez..... ..

El mismo canto del yigüirro, agudo, inarmónico, que los conquistadores españoles encontraron en la parte Norte de Panamá!

Hay que hacer normal nuestra vida. No queremos prescindir de los hombres de valer, figurándonos que sólo en nosotros puede encontrarse el oasis que tantos abatidos viajeros han buscado.

Deseamos observar á todos; grandes y pequeños, que el pensamiento de este rincón americano, no debe quedar invadido y sumergido por la marejada de la política. Que surjan opiniones, que se manifiesten criterios, que se estudien cuestiones importantes, que se propague el amor á la verdad, que se combata el fanatismo, que se oriente en amplias discusiones, el intelecto de nuestra juventud..... Eso es una parte de lo que pedimos.

El marasmo, el fatalismo musulmán que se ha apoderado de nosotros, debe desaparecer.

Una política nueva, de aproximación, de simpatías, de sociabilidad, entre la familia que piensa, debe ser señal de nuestra futura redención. MARQUÉS DE MOLINS.

Formas de esclavitud

Trabajamos por desterrar las numerosas preocupaciones existentes sobre el valor de la mujer en los diferentes dominios de la actividad humana. Queremos señalar—siquiera sea de paso—una de las mayores dificultades que encuentran los que se empeñan en propagar toda clase de ideas de emancipación de la mujer: es la influencia despótica del fraile sobre la inteligencia de las damas que respiran ese aire de esclavitud al rededor del sacerdote.

Las damas han adquirido el mal hábito de consultar á los frailes sobre lo que deben ó no leer. Los maridos no cuentan para nada en la cuestión. Quiera ó no quiera el marido en nuestra sociedad no ejerce influencia sobre el corazón de su mujer. Es ella cariñosa, virtuosa hasta la abnegación, pero es tanta—por regla general—su ignorancia que cree que es el sacerdote quien debe aconsejarle sus lecturas y sobre ese particular jamás ó rara vez consulta á su marido.

Lo que es más grave es que cada vez el apartamiento intelectual de ambos esposos va siendo más infranqueable, sin que el marido apenas se de cuenta de ello. Dentro de nuestras ideas de liberación femenina el hecho de que cada cual conserve su independencia mental y aun personal dentro del matrimonio no solo no tiene nada de extraño, sino que más bien lo contrario, es para nosotros lo erróneo. Pero en cuanto se trata de la orientación de la educación de los hijos el acuerdo entre los padres es absolutamente necesario y no pensamos que la elección debe quedar encargada exclusivamente á la mujer, ni tampoco al hombre. Si este, por su experiencia, su talento y sus conocimientos puede, á primera vista, parecer superior y por lo tanto dominar como jefe indiscutible de la familia, es el caso que no tendrá tal superioridad realmente si no

ha conseguido acercar las ideas, las convicciones de su mujer á las suyas propias. Ese abandono en que el esposo deja á su compañera desde que se trata de algo trascendental, es una de las causas más poderosas para que la mujer moralmente no pertenezca tanto al marido como al fraile. Esto es, el sacerdote que con la confesión pone los oídos en el interior del hogar, con sus consejos le imprime un rumbo en concordancia con los intereses de la Iglesia. Lo contrario no parece concebible.

Es bien curioso el caso de que una señora se acerque á un sacerdote para pedirle permiso de leer un libro ó una revista. Se comprende que en otra época en que la reflexión era privativa de los hombres superiores, el sacerdote ejerciera una vigilancia de gendarme sobre las ideas de la muchedumbre, pero hoy ciertamente es un absurdo. Las señoras que consultan sobre las cosas que deben leer, también—por igual razón—deben consultar sobre las cosas que han de pensar y hacer. Esto es, delegan en el sacerdote su responsabilidad de personas racionales para convertirse en seres autómatas, desgraciados irresponsables que no pertenecen moralmente á sus maridos si son casadas, ni tienen lazos de profundo respeto para sus padres ó de adhesión á sus hermanos si son solteras.

La libertad moral que engendra la responsabilidad debe comenzar por allí, por la libertad de leer.

USTORIUS.



Gran Imprenta de vapor

CALLE 20, NORTE

San José. — Costa Rica.